

OPINIÓN

Abrir los ojos

Pasan las semanas sin los necesarios acuerdos presupuestarios

El gobernador del Banco de España, Pablo Hernández de Cos, perfiló esta semana en el Congreso de los Diputados sus primeras estimaciones sobre la dramática situación económica y los principales riesgos que la pandemia de coronavirus podría dejar a su paso por España. El cese general de la actividad, imprescindible para contener los contagios, ha exigido y exigirá todavía un incremento del gasto público sin precedentes, sobre el que existe un amplio acuerdo entre los agentes sociales, los partidos políticos y las instituciones económicas y financieras, tanto europeas como internacionales. Ese acuerdo sobre lo inmediato no se está proyectando, sin embargo, sobre un eventual acuerdo parlamentario que permita diseñar y sentar las bases de los sucesivos presupuestos que deberían hacer frente a esa situación y al manejo del déficit y de una deuda en niveles desconocidos desde principios del siglo XX.

Pasan las semanas como si se pudieran cerrar los ojos ante las consecuencias de no haber logrado ese acuerdo que Hernández de Cos echa en falta. En lo inmediato, la ausencia de ese pacto compromete el futuro de varias generaciones, colocando sobre sus hombros una losa económica colosal que limitaría de facto su derecho a fijar en el futuro nuevos objetivos para el país y para sí mismos a través de las instituciones democráticas. Además, puede debilitar la posición de España en la Unión Europea, y colocar al país frente a una intervención dura de la economía española, algo que certificaría un intolerable fracaso de esta sociedad. Los instrumentos necesarios para alejar estas hipótesis dramáticas están todavía en manos del país y de su arquitectura institucional, social, económica y ciudadana, y resultaría imperdonable que dejaran de ser empleados por ausencia de voluntad política. No se

dispone de un tiempo ilimitado, y retrasar los pasos para agrupar a los ciudadanos en torno a un programa articulado en el Parlamento, haciendo partícipes a los agentes sociales para obtener su compromiso en la ejecución, puede ahondar la crisis hasta hacerla inmanejable.

La realidad, una vez más, es la que es, y hay que mirarla de frente. El Gobierno ha dilapidado en buena parte su crédito negociador, persiguiendo geometrías parlamentarias que han subrayado su debilidad. Por su parte, la principal fuerza de la oposición, el Partido Popular, sabe tan bien como el Ejecutivo que es difícil gobernar en estas circunstancias y más difícil aún desalojar con una mayoría alternativa a quien gobierna, ni a través de mociones ni de unas elecciones hoy por hoy inviables. Intentar romper este equilibrio rechazando distinguir en el Parlamento entre medidas incontestables para contener la pandemia y medidas simplemente equivocadas, cuando no llevando la oposición a las calles, es una apuesta que no alcanzará ningún objetivo político ni electoral, pero que garantiza la destrucción de las instituciones.

Sea como sea, está claro que no ha funcionado la teoría de la geometría variable porque ha sido esa estrategia la que colocó al Gobierno al borde del abismo en la última prórroga del estado de alarma y la que le llevó a realizar un movimiento político incomprensible: mezclar la derogación íntegra de la reforma laboral vigente con el apoyo de Bildu. Asombrosamente, el presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, no solo no dio ayer en su comparecencia pública ninguna explicación a lo sucedido sino que insistió en que la oposición no debe mezclar la crisis sanitaria con otros problemas. Una receta que se podría aplicar a sí mismo.

En España, pocas circunstancias han puesto de manifiesto tanto como la actual la radical diferencia entre el ejercicio del poder y la persecución del liderazgo. Y pocas circunstancias, además, han dejado traslucir con tanta crudeza que el país no conseguirá despejar un horizonte crecientemente difícil con mayorías que, invocando el poder, pretendan imponer la salida, y no con mayorías que, asumiendo el liderazgo, inviten a un compromiso firme y sostenido por parte de todos.

✓ Líneas rojas chinas

La crisis desatada por la pandemia del coronavirus es el mayor desafío al que se ha enfrentado China en los últimos años, con un inesperado frenazo en su economía que podría llegar a amenazar su propia estabilidad social. Pero, tal como ha demostrado el primer ministro, Li Keqiang, esto no ha sido óbice para que Pekín acelere su estrategia y endurezca notablemente su discurso en los temas territoriales.

El régimen chino está incrementando la presión legal y política sobre los territorios que considera de soberanía propia pero que o bien son *de facto* independientes, como en el caso de Taiwán, o gozan de autonomía, como sucede con Hong Kong. El Gobierno chino ha anunciado que impondrá una nueva ley de seguridad nacional a la excolonia británica. Le servirá para combatir las protestas generalizadas —y en ocasiones violentas— a favor de la autonomía del territorio registradas durante el año pasado, pero también socavar el régimen de libertades y derechos del que disfrutaba Hong Kong desde que regresó a la soberanía china en 1997. Por lo que respecta a Taiwán, durante el discurso sobre el estado de la nación Li Keqiang advirtió de que China insiste en la reunificación total con la isla. Y aquí es necesario advertir que por primera vez China ha eliminado de su discurso el adjetivo "pacífico" para lograr esta reunificación.

El primer ministro chino califica estos dos temas como "líneas rojas" para su Gobierno. La comunidad internacional y especialmente la Unión Europea —que tras muchas dudas, finalmente, en un informe oficial declaró el año pasado al régimen chino "rival sistémico"— harían bien en hacer llegar al régimen chino que existen otras "líneas rojas" que no deben ser sobrepasadas. La crisis generada por el coronavirus no puede ser aprovechada para bajar la guardia en la defensa de la democracia en cualquier lugar donde se disfrute ni del diálogo para llegar a la resolución de conflictos territoriales.

REVISTA DE REVISTAS

Poner puertas a la pandemia

FOREIGN AFFAIRS'

Cuando la Administración de Trump cerró las fronteras a los viajeros procedentes de Europa el pasado 14 de marzo, ignoró una de las lecciones eternas de la migración humana: dar un portazo fronterizo acosmbrado a conseguir lo contrario de lo que se persigue, afirma el periodista Doug Saunders en un comentario que defiende que cerrar fronteras no sirve para combatir pandemias. Las escenas de pánico en cualquiera de los aeropuertos atestados de viajeros —algunos contagiándose la covid-19— que acoñaron abruptamente su existencia en Europa, tras una decisión presidencial anunciada tres días antes de entrar en vigor, serían la imagen central de una película sobre esta pandemia, según el autor, quien recuerda que la gente hizo colas de siete horas para rellenar un rudimentario cuestionario sobre si tenía síntomas. Luego se fueron a casa sin instrucciones precisas de iniciar una cuarentena. Saunders subraya que la falta de pruebas y rastreos que sufre el país hace imposible saber con seguridad si lo ocurrido en una docena de aeropuertos americanos el sábado de marzo está en el origen de

que EE UU sea el país con más contagiados del mundo, pero él lo considera plausible. Atendiendo la instrucción de Trump, se organizó una suerte de control a los pasajeros y el resultado fue un indeseado pero predecible embotellamiento de personas: el mejor caldo de cultivo para el virus.

El autor asegura que los cierres fronterizos no tienen apenas incidencia en la expansión de enfermedades infecciosas, ni siquiera cuando se anuncian y preparan con anticipación suficiente, pero si se hacen precipitadamente y a salto de mata, su efecto es contraproducente.

Hablando de cierres fronterizos desastrosos, Estados Unidos juega en otra liga. Han sido la marca de la casa de la política sobre coronavirus del presidente Trump, que el pasado 31 de enero prohibió entrar en el país a todos los extranjeros que hubieran estado en China las dos semanas anteriores. Para entonces, 400.000 pasajeros procedentes de aquel país, incluso de Wuhan, entraron en EE UU en las cuatro semanas anteriores, cuando ya se sabía que había un problema allí, recuerda Saunders.

Publicado en Nueva York el 15 de mayo.

EL ROTO

